

Desafío vertical

Alcanzar cotas nunca exploradas, en apariencia por encima de las posibilidades reales, no se puede conseguir sin haberle dedicado mente, corazón, esfuerzo, tecnología, rigor y una pizca de suerte. Y además, por mucho que planifiquemos, nunca lo tendremos todo bajo control. Pero siempre nos queda la capacidad de superación

Opinión

José Juan Agudo

► Business Partner Atman Teambuilding, S. L.

Ya no puedo más! Me bajo! Dentro del dilema entre lo que sabía y lo que sentía se encontraba la llave de acceso a aquella fabulosa cima arrinconada en el extremo ártico de la remota Alaska.

Las cimas que nuestros proyectos, nuestras empresas y nuestros desafíos multicolor nos plantean a diario no difieren mucho de lo que allí viví hace ahora dos años. Vivo con esa convicción desde entonces. Alcanzar cotas nunca exploradas, en apariencia por encima de las posibilidades reales, no era algo que pudiera haber conseguido sin haberle dedicado mente, corazón, esfuerzo, tecnología, rigor y una pizca de suerte buscada. En concreto, llegar al techo de América del norte, el monte Mckinley, con sus gélidos 6.194 m, supuso una dedicación de 12 meses de preparación física, otros tantos de entrenamiento mental, 3 semanas de expedición extrema, 18 horas de ascenso por las últimas aristas cimera y finalmente... ¡Cinco minutos de cima. Cinco minutos! Sé que puede parecer absurdo.

Como quiera que sea, algunas cotas, ciertos objetivos, no se pueden medir por el retorno de su esfuerzo, mucho menos por el retorno de su inversión. Hay apuestas en las que las matemáticas del resultado final no funcionan como las cuentas de pérdidas y ganancias, no siguen las reglas de contabilidad convencional, ni arrojan resultados que aumenten el precio de nuestros activos, al menos a corto plazo. Dos años después empiezo a vislumbrar que los hitos que más profundamente marcan el rumbo de algunas personas, de algunos equipos, o de algunas organizaciones, pocas veces tienen que ver con la sofisticada aplicación del sinfín de métodos que garantizan resultados. Curiosamente ninguna gran hazaña se ha conseguido porque a priori el resultado estuviera garantizado. Parece que la incertidumbre es un ingrediente fundamental en la fórmula que desata el potencial más recóndito que todos llevamos dentro. Por alguna extraña ley que rige nuestra naturaleza humana sólo aprendemos y nos levantamos cuando llegamos al borde del precipicio, y eso fue lo que a mí me pasó en el verano de 2010, cuando acompañado por tres desconocidos llegué en condiciones deplorables, nada románticas y mucho menos envidiables a un pedazo de hielo de 6 x 6 donde se levantaban banderas de viento que te indicaban «ya no hay a dónde más subir, has llegado a la cima». La montaña y sus bucólicas imágenes, sus hazañas e

Hoy más que nunca necesitamos personas valientes, diferentes, que sepan calibrar el valor añadido de lo que hay en juego pero que no se amedrenten

La capacidad de levantarse ante lo desagradable, de ser fiel a conquistar cimas bellas y dignas, es el fruto a un proceso, no un recurso o un atajo

Todos tenemos situaciones y retos que no queremos, y éstos son los de verdad, que nos ofrecen la posibilidad de ir a más, de evolucionar para seguir adelante

historias de aventura no son sino una alegoría de lo que la vida más corriente nos reclama en tonos de menor contraste y romanticismo.

Por mucho que planifiquemos, por mucho que nos apliquemos, por mucho que se pretenda atar lo que no está hecho para ser atado, nunca lo tendremos todo bajo control. En aquella montaña bastaban dos días de tormenta para acabar por completo con meses de preparación, con miles de euros ahorrados con esfuerzo y perseverancia, con el espíritu de unión de toda una expedición y con la ilusión que todo lo alimentaba. ¿Dónde agarrarse entonces cuando todo lo que condiciona tu cima es frágil y limitado? A más de 5.000 metros cuando el proyecto ya está tan arrancado, cuando hay tanto en juego (la propia vida a veces) pensar en volver atrás es la última de las opciones, y sin embargo, lo piensas, ésa es la verdad. El único asidero válido en situaciones donde todo parece soplar en contra es creer en las propias posibilidades, reforzar alianzas con compañeros de corazón, afinar la precisión del análisis de datos y circunstancias que te rodean y estar dispuesto a perderlo todo.

Esto último, por cierto, me supuso la más profunda reflexión que jamás he realizado en mi vida, y estoy seguro que en el silencio de aquella interminable arista de cima durante más de 8 horas de soledad, paso a paso, aliento a aliento todos compartíamos aquella experiencia tan íntima y personal. Muchos lo hubieran llamado la soledad del líder, yo simplemente lo viví como un encuentro con mis miedos e ilusiones. Por suerte ganaron las últimas.

Hoy más que nunca necesitamos personas valientes, atrevidas, diferentes, que sepan calibrar el valor añadido de lo que hay en juego pero que no se amedrenten con los riesgos inherentes. Más bien hay que dejarse impulsar por la fiebre de la ilusión, que no de la ingenuidad, y por la fuerza del premio que recibe el que es capaz de superarse e ir a más. La resiliencia no es un coñejo que uno saca de la chistera a voluntad.

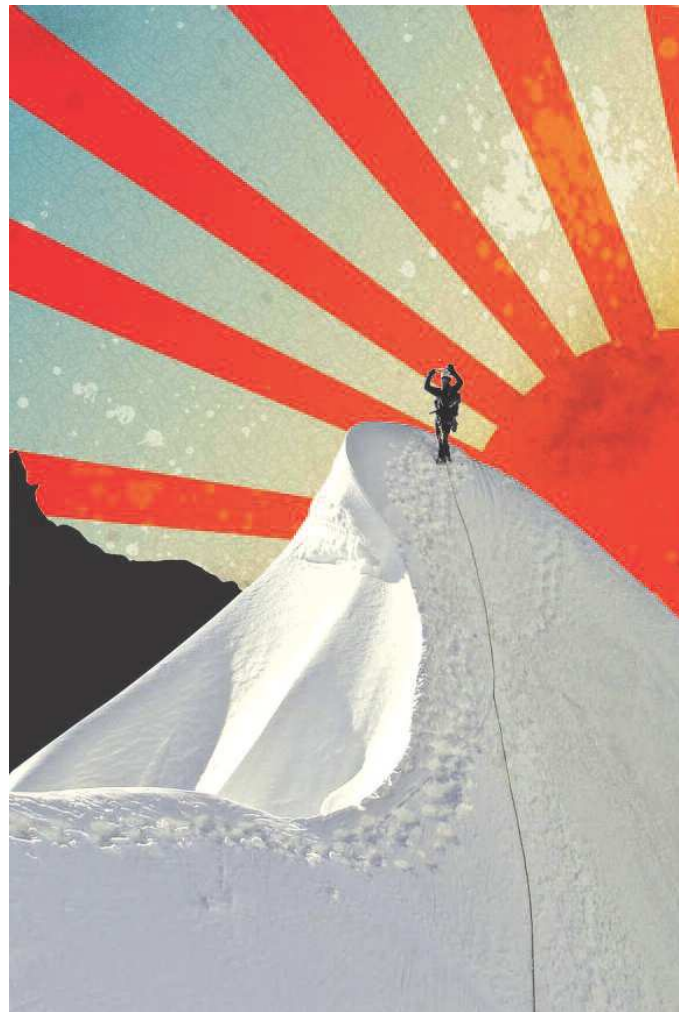


ILUSTRACIÓN DE SILVIA MARTÍN

La capacidad de levantarse ante lo desagradable, de ser fiel a conquistar cimas bellas y dignas, de sacar petróleo donde sólo ves arena inerte es el fruto a un proceso, no un recurso o un atajo.

Si hubiera dado oídos al martilleante y repetitivo mantra «no puedo más, me bajo, hay que guardar los muebles», habría renunciado a la batalla. Pero confiaba en mi mente, confiaba en mi cuerpo, confiaba en mi corazón, confiaba en mis compañeros, confiaba en la tecnología. Llevaba años entrenando a llevarlos al límite para saber que siempre se puede dar un poco más, para memorizar que las fases críticas donde parece perderlo todo (el tiempo, el dinero, la cima, los compañeros...), son la incómoda escotilla por la que escurrirse hacia la siguiente etapa donde, llegues o no a la cima, te has conquistado a tí mismo y eres una persona más capaz, más segura, más humilde, más entera.

Todos podemos entrenar la resiliencia, cada uno al nivel que entienda. Todos tenemos situaciones y retos que no queremos, que no aceptamos, que ni tan siquiera hemos elegido, y éstos son los de verdad, los que ofrecen la posibilidad de ir a más, de evolucionar y actualizar nuestro sistema operativo y aumentar la capacidad de nuestro procesador de información para seguir adelante. A la velocidad a la que cambia el mundo hay que actualizar la versión con la que operamos en el mismo, en el mercado, ante los demás, con los demás. Pensemos en aquello que más pereza nos

de, observémoslo en perspectiva apartando por un momento la emoción desagradable que nos provoca, tomemos la decisión de ir a por ello y aceptemos que «el durante» va a ser algo incómodo. Si nos armamos con esta determinación, pedimos apoyo a quien de verdad nos puede ayudar y nos capacitamos para las exigencias del reto estaremos renovando el software para aprender a lidiar con la incertidumbre, con lo inesperado, con lo desafiante. Cuando por fin lleguemos a una situación real que requiera el máximo rendimiento de nuestro nuevo procesador estaremos preparados para que no se bloquee y aparezca el reloj de arena pensando. Será una situación familiar (aunque siga siendo desagradable) y sabremos que el premio no estará sólo en alcanzar la cima que motive nuestros esfuerzos, sino en el hecho de haber puesto lo mejor de nosotros a funcionar, sin reserva alguna.

Todos tenemos la capacidad, aunque sólo algunos deciden utilizarla. La resiliencia no es un truco ni una atajo, es el fruto a una actitud sostenida ante la vida en general.

Foro de opinión

Asociación Española de Dirección y Desarrollo de Personas

